

12 de julio (viernes)

El sultán y yo llegamos a Londres casi al mismo tiempo, aunque a diferentes barrios: yo entré por Paddington y él por Charing Cross. Debo admitir que en este último lugar la multitud era mucho mayor. Un tercer centro de atracción era Mansion House, donde se alojaban los voluntarios belgas, y del que, sobre las seis, una ininterrumpida columna de omnibuses cargados de héroes partía hacia el Este. Esto retrasó mucho mis compras y no salí de Charing Cross hacia Dover hasta las 8.30. Al llegar al Lord Warden me encontré con que Liddon ya estaba allí.

13 de julio (sábado)

Desayunamos, como estaba previsto, a las ocho, o al menos a esa hora nos sentamos, y tomamos pan y mantequilla esperando el

momento en que estuviesen hechas las chuletas, acontecimiento que tuvo lugar una media hora más tarde. Intentamos patéticos requerimientos a los errabundos camareros, quienes contestaban «ya viene, señor» en un tono suave. También intentamos el reproche áspero, y entonces nos respondían «ya viene, señor» en un tono más herido; después de todos los mencionados requerimientos, los camareros se retiraron a sus madrigueras y se escondieron tras los armarios y las cacerolas, y las chuletas seguían sin llegar. Estuvimos de acuerdo en que, de todas las virtudes de que un camarero puede hacer gala, la menos deseable es su disposición para la retirada. Hice entonces dos proposiciones, que fueron rechazadas de plano: una, que abandonásemos la mesa y nos negásemos a pagar las chuletas; la otra, que buscaría al propietario y presentaría una reclamación en toda regla contra los camareros, lo cual habría dado lugar, si no a las chuletas, sí a una discusión generalizada.

Sea como fuere, hacia las nueve ya estábamos a bordo del barco, después de que se hubiesen vaciado en él dos trenes enteros y de que en cubierta se hubiese realizado una notable imitación de la Gran Pirámide, interesante trabajo al que tuvimos el orgullo de contribuir con dos baúles.

La pluma se niega a describir los padecimientos de algunos de los pasajeros durante nuestro suave viaje de noventa minutos; explicaré

mis propias sensaciones y consiguiente conclusión; no era precisamente para «eso» para lo que había pagado. Llovió con fuerza durante la mayor parte del trayecto, convirtiendo nuestro camarote privado (que en un gesto de largueza habíamos alquilado) en algo muy confortable, recogido y, sin embargo, aireado, ya que estaba en cubierta. Desembarcamos en Calais entre la acostumbrada caterva de amistosos nativos que ofrecían información y servicios de todo tipo; a todas sus observaciones correspondí con una simple respuesta: «*Non!*» Probablemente no fuese estrictamente aplicable a todos los casos, pero consiguió su objetivo, que era deshacerme de ellos; uno tras otro me fueron dejando repitiendo el «*non!*» con diferentes tonos, todos expresando disgusto. Una vez que Liddon se hubo ocupado del equipaje, etc., dimos un paseo por el mercado, que blanqueaba con los gorritos de las mujeres y estaba lleno de su estridente guirigay...

El viaje hasta Bruselas fue lineal y monótono, siendo la torre de St. Omer y la catedral de Tournay con sus cinco torres los únicos edificios destacables del camino. Entre Lille y Tournay tuvimos la compañía de un grupo familiar, con dos hijos de seis y cuatro años, la menor de los cuales apenas dejó de hablar un solo momento en todo el camino. Hice un dibujo de la criatura que fue inspeccionado por la familia y criticado (creo que favorablemente) libremente por el original. Cuando se bajaban del coche, su madre la envió para que nos deseara «*bon soir*» y le diéramos un beso.

En Blandain, la frontera belga, nuestro equipaje fue sacado, inspeccionado —cotilleado, más bien— y vuelto a meter. No hubimos de pagar nada; fue el primer examen que he pasado sin tener que pagar matrícula.

De allí a Bruselas, con compañeros de viaje alemanes. La nota principal que destacaría del paisaje era el modo en que estaban plantados los árboles, en líneas rectas larguísimas. Dado que, generalmente, todos se inclinaban en la misma dirección, me parecían largas filas de fatigados soldados marchando de acá para allá por las planicies: algunos formados en cuadro, otros en posición de «¡Atención!», pero la mayoría, en desesperado tráfago, inclinándose al avanzar como bajo el peso de fantasmales macutos.

En Bruselas nos alojamos en el Hotel Bellevue y, tras una pequeña cena «*très-simple*» y consistente, por lo tanto, sólo en siete platos, salimos a dar un paseo y escuchar música en un parque público. Luego volvimos a entrar en el hotel y nos sentamos a escuchar nuevamente música orquestal durante algo más de una hora en una especie de Cremorne¹, donde había cientos de personas sentadas junto a pequeñas mesas diseminadas entre los árboles. Todo el lugar estaba iluminado con lámparas.

1 Probablemente Carroll se refiera a los jardines londinenses de Cremorne. Estos, situados en una orilla del Támesis, fueron frecuentados como lugar de entretenimiento desde 1845 hasta 1877, cuando se cerraron. Al sudoeste de los jardines tocaba una orquesta en un lugar con capacidad para cuatro mil asistentes. (N. del E.)